

El debate ausente

No iremos lejos con el modelo desvencijado.

Por: Edgar Gutiérrez

No seremos inmunes a la recesión que atraviesa el mundo. Es cierto, el sistema bancario estaba poco expuesto directamente; los exportadores no han bajado la guardia y el Gobierno anunció un buen plan agregado de activismo económico. Pero desde ese mundo, con el cual inevitablemente nos relacionamos, nos van calando frentes fríos de lo que parece el comienzo del más crudo invierno económico en 80 años.

Los flujos de crédito exterior se han secado (este año apenas será una quinta parte de lo que fue en 2007) y, sin embargo, hay que pagar deudas. En enero las remesas familiares siguieron aflojando su ritmo de crecimiento (comparado con el mismo mes de 2008, es negativo) y la buena noticia que le gusta dar a cualquier ministro de Economía: el año arranca con la más baja inflación en casi una década, es síntoma ominoso del decaimiento de la demanda.

El mundo en recesión ha puesto a sus gobiernos a trabajar en el rescate. Básicamente están lanzando paquetes multimillonarios para depurar las cuentas de los bancos, estímulos a la inversión (infraestructura, alimentos, algunas industrias) y rebajas tributarias (en particular para personas físicas). Los especialistas difieren sobre el impacto que estas medidas tendrán en la recuperación económica, pero sí concuerdan en que es la única manera de conjurar un mundo peor, el de la depresión profunda y duradera. Y urgen a hacerlo rápido, sin que les tiemble el pulso.

Todos los Congresos están enfrascados en el mismo debate: aprobar deuda pública y flexibilizar los presupuestos (quitar candados, decimos nosotros) para dejar a los gobiernos margen de maniobra, pues a ciencia cierta nadie sabe qué temperaturas económicas enfrentará este año.

Ahora bien, no es secreto que nuestros aparatos públicos se encuentran, en general, en una situación ruinoso. Por más que llenemos el tanque de combustible no llegaremos muy lejos con este modelo desvencijado que no ha recibido mantenimiento por casi dos décadas.

Quienes creemos que la crisis trae la oportunidad de equilibrar el poder político con el poder económico, debemos insistir que con el actual modelo institucional de Estado no sólo caminaremos poco y mal, sino que corremos riesgos de regresión. No hay necesidad de parar la obra para reformar las instituciones del Estado. En base a un diseño funcional y de profesionalización del servicio público, se puede ir haciendo sobre la marcha. Este es el debate que hace falta.